

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR
Calle del Cerrito 84

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

SECRETARIA DEL OBISPADO

Se hace saber a los Sres. Curas Párrocos, y demás Sres. sacerdotes, que desde el día treinta del corriente mes estará a su disposición en esta Secretaría el Calendario Eclesiástico, que regirá el año próximo de 1880.

Montevideo Diciembre 29 de 1879.

Nicolás Luque
Secretario.

Se hace saber a todos los Sres. Sacerdotes, que el Ilmo. Sr. Obispo Diocesano ha ordenado, que hasta nueva disposición, se reze en la Santa Misa la ORACION AD PETENDUM PLUVIAM.

Montevideo, Diciembre 29 de 1879.

Nicolás Luque.
Secretario.

Almanaque

Martes 30. La traslación de Santiago y San Sabino.
El sol sale a las 4.50; se pone a las 7.10.

EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 30 DE 1879

Democracia con libertad verdadera

No tema nuestro estimable colega *El Siglo* que cejemos en la discusión empinada.

Aunque ella no tenga ese interés que buscan las masas en lo que es bien porrazos mutuos y personales, o bien política palpitante y declamatoria sin fondo ni doctrina; aunque no tiene el atractivo de una corrida de toros que muchos desgraciadamente buscan en la polémica de diario, nos proporciona la satisfacción de sentar claras y terminantes, aunque filosóficas, las ideas en que se basa el poder público según la doctrina católica.

Quede al menos consignada la verdad en las columnas de *El Bien Público*, que tarde o temprano se reconocerá.

El Bien Público no ha sido fundado para servir a una situación o a una época dada, sino para propagar las verdades benéficas al país, en todas las situaciones y en todas las épocas.

La verdad es inmutable, la misma que propaga hoy *El Bien Público* la propagará dentro diez años en que gozará de la vida exuberante e incommovible que su sana propaganda le ha comunicado y le seguirá comunicando.

Hemos demostrado a *El Siglo* en que consiste la Soberanía Popular que él indicó como base de la democracia.

Del único modo como podemos concebir razonablemente la soberanía popular, es considerando al pueblo como medio por el cual la soberanía se encarna en uno o más individuos que llamamos poder público.

Siendo pues el pueblo el medio solamente por el cual la soberanía se encarna en la sociedad, es indudable que la soberanía no reside esencialmente en el pueblo, por cuanto es superior al pueblo por mas que este determina su encarnación en el sistema democrático del que somos ardientes partidarios.

El Siglo ó no ha comprendido ó no ha querido comprender nuestros tranquilos argumentos. Otros los comprendieron, están escritos.

Uno de nuestros argumentos que el colega califica de sofísticos decía así:

Si un hombre es igual por su naturaleza a otro hombre, y estos iguales a un millón de hombres que vivan a su lado, es absurdo suponer que individuos ligados por vínculos de igualdad puedan crear vínculos de superioridad.

Luego, deducimos, el pueblo no puede crear la soberanía; esta no puede residir esencialmente en el pueblo sin despresión de la personalidad humana a quien se obligaría a inclinarse ante su igual. Luego aun aceptando la fórmula de *pueblosoberano*, como quiera que es convencional no lo reconoció *El Siglo*, solo podemos espresar con ella que el pueblo es el medio por el cual la autoridad, necesidad social residente en el que es único origen de toda moralidad, Dios, se encarna en una entidad colectiva que

llamamos poder soberano ó poder público.

A esto nos contesta el buen colega con estos curiosísimos argumentos:

«Es decir que la ley de las mayorías es una quimera.—Aplique la doctrina el colega a una Asamblea Constituyente ó Legislativa, a uno de esos cuerpos que llaman *individuos colectivos*, y tendremos que no hay medio hábil de resolver cosa alguna: porque según la extraña argumentación de *El Bien*, en aquella colectividad vale tanto la voluntad de uno solo como la voluntad de todos los demás juntos. Decimos intencionalmente la voluntad, porque queremos referirnos al hecho de encarnar en una Ley por medio de la votación las opiniones predominantes en la Asamblea.»

O el colega está completamente mareado con los *lauros* que ha conquistado en la discusión, ó no entiende de la misa la misa.

Ha de saber el buen colega que hemos tratado de la esencia de la autoridad, de la soberanía antes de encarnarse en un individuo; de la necesidad social que llamamos poder público, la cual no reside esencialmente en el pueblo, sino que es superior y anterior al pueblo.

Una vez encarnada la soberanía en un cuerpo colectivo por medio de la elección popular, una vez determinado el soberano, que es tal, no porque el pueblo le haya dado soberanía, sino porque lo ha señalado para encarnar la que reside en Dios, fuente única de todo poder y de toda moral; una vez determinado el cuerpo colectivo cuyas deliberaciones serán impuestas al pueblo, entonces surge la cuestión que usted nos propone con el hombre de ley de las mayorías.

Entonces el medio de manifestarse la voluntad colectiva es por medio de la mayoría, pero de eso no puede deducirse que la soberanía popular reside esencialmente en el pueblo, porque la mayoría no puede decirse que una ley es moral porque la mayoría de los representantes del pueblo la sancionaron.

¿Sostendrá *El Siglo* que por el hecho de votar una ley la mayoría de una Asamblea, esa ley es moral?

¿Reside la moral en las mayorías?

No podrá sostenerlo el colega; y sin embargo la mayoría es el medio de manifestarse la voluntad de la Asamblea, de interpretarse la moral, sin que por ello la moral reside esencialmente en la mayoría de esa Asamblea.

Aplique ese raciocinio el colega a su argumento y lo verá desmoronarse como se desmorona un castillo de naipes, mientras el nuestro queda en pie con toda la pureza de la verdad.

La soberanía popular pues es la fórmula del sistema democrático, según *El Siglo*.

En buena hora tal como nosotros hemos sentido esa soberanía, sin despresión de la personalidad humana.

En ese sentido la aceptamos como católicos aunque rechazando la fórmula como inexacta y como ocasionada a errores populacheros.

Faltanos ahora caracterizar al liberalismo, para después exponer la doctrina católica, de lo que deduciremos que ésta sin ser contraria a la democracia, como no lo es, tiene que condenar al liberalismo en defensa de las bases sociales y de los fueros inherentes a la personalidad humana.

El liberalismo ha sido ya definido por nosotros.

¿Tendrá *El Siglo* la complacencia de definirnoslo, en caso de no aceptar nuestras definiciones?

Esperamos al colega cristiano-liberal, no sin ratificarnos una y mil veces en la proposición que emitimos en nuestro anterior artículo y que *El Siglo* ha guardado con grandes señales de contento:

LO QUE ES DE LEY NATURAL ES DE ORIGEN DIVINO.

Estabilidad económica

De todas conocidas es la pugna que ha existido en la prensa, en la opinión y hasta más arriba respecto a los principios económicos que deben regir nuestro sistema aduanero.

Estos órganos de la prensa estaban en

—De que manera.

—Pon tierra de por medio. Abandona a Granada y procura que ella no sepa nunca el lugar de tu tierra.

—Dices bien. Veo que este es el único medio que me resta de salvación.

—Un pensamiento se me ocurre, que creo será de tu aprobación.

—Vámonos cual.

—El emperador, a pesar de los consejos que le dio Paulo III, para que lo retarde, por ser su presencia tan necesaria para el mejor resultado del problema religioso-político que hoy agita a la Europa, ha determinado verificar una expedición a Argel, punto desde el cual los piratas berberiscos hacen continuas invasiones por el continente. La guerra, pues, con aquellos infelices es ya un hecho resuelto. Yo debo ir con mi gente en una de las naves que se reunirán en las Baleares. Vente conmigo, alístate secretamente en las banderas reales; y al paso que te vayas libre de Beatriz, tal vez te corones de gloria, luchando contra los enemigos de Cristo.

—Aceptado, dijo Alberto. Desde este momento cúbame por tu compañero de armas. ¡Oh! ¡La guerra! ¡Te aseguro que buscaré los peligros para alcanzar con una honrosa muerte la paz del sepulcro. Nunca me hubiera atrevido a atentar contra mi vida, pues la idea del suicidio me horroriza, porque es una cobardía: pero la muerte en el campo de batalla, es honrosa. Si, Agustín, si; irémos a Argel; yo seré el último soldado de tu compañía.

—No, tú serás siempre mi compañero inseparable, y partiremos gustosos las fatigas y las glorias.

Y ambos amigos se estrecharon en fraternal abrazo, al tiempo que de sus ojos se desprendían lágrimas de alegría y de angustia.

Despidiéronse hasta el día siguiente, y Alberto se dirigió a su casa, no triste y abatido como había salido, sino radiante de alegría, y bendiciéndole.

un polo, aquellos en el otro, *El Bien Público* en la línea ecuatorial de la esfera económica, y todos, seguramente, en el deseo de que ella tuviera la rotación mas feliz.

Así, por ejemplo, unos deseaban que continuáramos en el *semi-proteccionismo* en que estábamos y otros que hiciéramos, a la manera de un cambio de frente militar, rápida conversión hacia el *cambio libre*. Y algunos, y ese algunos éramos nosotros, por que el cambio fuera lento y periódico.

No es el caso, por cierto, volver sobre lo dicho, sostener y fundar nuevamente nuestras doctrinas, por que el triunfo estivo de parte de los que pedían la rebaja intempestiva de los derechos de Aduana, con cuya forma aunque no estábamos de acuerdo, reconocíamos que ella está llamada a producir al país los mas benéficos resultados. La situación de pronto, —mientras no se recobre el equilibrio,—será difícil para el Gobierno, pero, en fin, los resultados mediatos serán prósperos.

Ahora bien, hay pues algunos que ven en la vuelta al ministerio del señor Berro una amenaza al actual sistema aduanero, suponen que él de acuerdo con sus ideas de siempre quiera acometer una alza total é inmediata en los derechos de Aduana, para adoptar en seguida el sistema de la rebaja periódica y llegar por el camino de una serie de rebajas al punto en que ahora nos encontramos, la rebaja del 50 p.

Ya se verá pues que las teorías del nuevo Ministro son las nuestras, y sin embargo no estaríamos ya al presente con él en su realización.

Ya que el Gobierno ha entrado por el camino mas corto, el de la disminución del 50 por ciento, ya que el comercio ha amoldado sus giros, digamos así, al sistema establecido—lo repetimos—bueno en el fondo, ya que el crédito de un país depende de la estabilidad del conservatismo político y económico, ya que ambos sistemas no difieren propiamente sino en la forma, ya que las volubildades son, por desgracia, las que mas dañan la confianza comercial y mellan el crédito entre nosotros, ya que un nuevo cambio en nuestro sistema aduanero sería la desorganización, el caos, la bancarrota del comercio, muy lejos estamos de desear que tome la forma de la realidad el vago temor de que el nuevo é ilustrado ministro de Hacienda estableciera reformas radicales en nuestro sistema aduanero, de acuerdo con sus ideas, pues ello sería reforma de reforma, variación perdurable.

Las mejores instituciones políticas y administrativas, que cambian con cada sol que las alumbra, se convierten en las peores. Y ese amor a la inestabilidad, ese prurito de reforma, ese cansancio continuo de lo existente, es la fuente de nuestro desequilibrio económico.

Así se explica que mañana se tendrá que restablecer, tal vez, de acuerdo con la solicitud del comercio, el antiguo impuesto de patentes. Así se explica que los aforos de las mercaderías hayan estado sufriendo una verdadera marea: hoy subiéndolos, mañana rebajándolos, mas tarde, nivelando a valiosos distintos.

Ese espíritu reformista que se está haciendo nuestra epidemia económica, es sin duda alguna el origen del estado de muchas de nuestras repúblicas americanas, que cambian y reforman con cada día que amanece sus constituciones políticas, sin que ninguna haya alcanzado a echar raíces en el corazón del pueblo y aspirar en él la savia de su existencia y de su robustez.

He ahí también, por que cada república americana es un astro desquiciado que cruza ¡quién sabe! dónde bajo el cielo de América.

Tan elocuente ejemplo que nos presentan los hechos debe pues servirnos de severa lección.

Seamos conservadores en el orden político, religioso y administrativo si aspiramos a ser felices.

—No, porque donde hay amor, no existen secretos, y tal los tienes para mí.

Habíase propuesto Alberto que no sospechara su esposa nada de los proyectos que había formado con Agustín, y queriendo disimular, aun que teniendo que violentarse, le respondió:

—No tienes motivos para dudar de mi amor; pero si abrigas dudas, yo te ofrezco que muy pronto las disiparé.

—¿De qué manera?

—Con mis hechos. No contradiciéndote en nada, y procurando complacerte hasta en tus pensamientos. ¿Estáris contenta?

—Pues que otra felicidad mayor pudiera yo apetecer, que ser siempre fielmente amada por tí?

En esta manera se engañaban el uno al otro. Alberto traspasaba por un hombre un resaca a abandonarla; y ella, cuyo corazón reconducía veneno, lo hacia aparecer como perfume de por el aroma de los flores.

—¿De qué manera?

—Con mis hechos. No contradiciéndote en nada, y procurando complacerte hasta en tus pensamientos. ¿Estáris contenta?

—Pues que otra felicidad mayor pudiera yo apetecer, que ser siempre fielmente amada por tí?

En esta manera se engañaban el uno al otro. Alberto traspasaba por un hombre un resaca a abandonarla; y ella, cuyo corazón reconducía veneno, lo hacia aparecer como perfume de por el aroma de los flores.

—¿De qué manera?

—Con mis hechos. No contradiciéndote en nada, y procurando complacerte hasta en tus pensamientos. ¿Estáris contenta?

—Pues que otra felicidad mayor pudiera yo apetecer, que ser siempre fielmente amada por tí?

En esta manera se engañaban el uno al otro. Alberto traspasaba por un hombre un resaca a abandonarla; y ella, cuyo corazón reconducía veneno, lo hacia aparecer como perfume de por el aroma de los flores.

—¿De qué manera?

—Con mis hechos. No contradiciéndote en nada, y procurando complacerte hasta en tus pensamientos. ¿Estáris contenta?

—Pues que otra felicidad mayor pudiera yo apetecer, que ser siempre fielmente amada por tí?

En esta manera se engañaban el uno al otro. Alberto traspasaba por un hombre un resaca a abandonarla; y ella, cuyo corazón reconducía veneno, lo hacia aparecer como perfume de por el aroma de los flores.

Propendamos a adquirir estabilidad económica, para no herir de muerte nuestra prosperidad.

REVISTA DE LA PRENSA

En su tarea de hacer público todo acto de generoso desprendimiento destinado a socorrer las víctimas del desbordamiento del río Segura, *La Colonia Española* inserta la lista de suscripción que de San José le ha sido remitida acompañada del oficio del Sr. Duranona.

—Transcribe algunos fragmentos de las descripciones que hicieron de la fiesta euskara, *El Telégrafo Marítimo*, *La Razon*, *La Reforma*, *La España* y *El Bien Público*.

—El redactor de *La Colonia* Sr. Aguayo contesta energicamente un remitido de *La España* en el que con no muy blandas ni corteses palabras se le a la personalidad del caballero señor don Alfonso Criado, son color de haber dado cabida en su diario a una trascripción de otro periódico español que se ocupaba de don Antonio Varela y otro señor: esto mientras el señor Criado estaba ausente.

El Sr. Aguayo moteja el poco digno papel que desempeña *La España* para con *La Colonia Española*.

Con motivo de la denuncia hecha contra el Director del Lazareto de la Isla de Flores por un pasajero y la contestación que a ella le da el Sr. Vazquez calificando de antojadizas y calumniosas las acusaciones contra el Director formuladas, *La France* llama la atención de la autoridad competente sobre el hecho, atenta la importancia que en si tiene la administración y la institución de los establecimientos sanitarios y el odioso crédito que cobra el país con esta clase de denuncias ciertas ó falsas.

A *Patria* atribuye la triste cuenta precaria situación del país y la anemia que aniquila sus fuerzas, no tanto al Gobierno, sino al país mismo que no sabe sobreponerse a las luchas políticas y a las cuestiones de esta clase que envuelven una simple y no mas que simples personalidades. Dice que todos son culpables de ello pues el indiferentismo político es por demas practica por la generalidad. Asegura que ella guarda perfecta neutralidad y habia imparcialmente si esa inercia, añade, es hija del miedo, respondan; si no lo es, clamen por sus libertades los que creen que estas no existen é inician la era de la libertad de la prensa.

La *Nacion* comunica que el Sr. Berro ha sido nuevamente llamado al Ministerio de Hacienda y dice que este señor respetará las medidas radicales tomadas posteriormente en el terreno de las finanzas públicas.

—La inocencia les valga, dice *La Nacion*, el día de los inocentes, a los circulos de *La Razon* que se dan por amonizados de los palos midan sus costillas y que se consideren al borde del abismo, peligro que *El Siglo* lo reconoce al punto de que les aconseja a los muchachos que se alejen para no caer en las hondas concavidades.

Probablemente *El Siglo* ha leído *La boca del Infierno* de

—Dumas el insigne literato. Autor del francés romanticismo. Por que es milado el mismo.

Como dice Villergas en su *Sarmenitico*, pues aquello de que el abismo seduce con sus misteriosas lobreguezes, con sus tenebrosos antros, es ni mas ni menos lo que le pasó a la montañaz pastora Gretchen cuando perdido su pudor se arrojó a la llamada boca del infierno...

Si será romántico *El Siglo*!

—El tercer artículo del colega es probando la necesidad de que la Legislatura en sus próximas sesiones dicte una *Ley de Colonización* como lo pide *El*

Beatriz se propuso sondear aun más el corazón de Alberto; quiso descubrir sus secretos.

Comprendió que al decir:—No me vengas de Céspedes, habías aludido en su interior:—

—Buenos días, Alberto, dijo, dejando asomar una fingida sonrisa a sus labios.

—Buenos días, dijo con indiferencia Alberto.

—Vuelvo a ti meta de ayer. ¿Podrá saber que feliz suceso te ha trocado de melancólico en alegre?

—¿Te importa saberlo?

—¡Alberto!

—¡Beatriz!

—Mucho llama mi atención tal pregunta. ¿De cuando acá una mujer puede ser indiferente a las alegrías ó tristezas de su esposo?

—Desde que la mujer se casa, no impulsada por amor, sino por necesidad, a un hombre un instrumento, bien de planes ambiciosos, bien de venganzas.

—Veo que te vas volviendo inflexible, y en verdad no te conozco. No quiero llamarme agraviada por las frases que acabas de pronunciar, pero no has salido precisamente sólo de tus labios; pero no, de tu corazón. ¿Sabes muy bien que amo y sólo el amor me llevó a tus brazos. Si, después he querido tomar por tus manos una venganza, ha sido tan solamente por exigirle a tu honor y al mío; porque no exista en el mundo un hombre que pueda desafiarnos.

—Lo comprendo.

—Pero yo lo que deseo es tu felicidad y la mía. Si es tu voluntad, estoy pronta a desair de que se realicen mis deseos. No, no me vengas de Céspedes, por más que su lengua sea el instrumento de mi suplicio.

Al pronunciar estas palabras, el semblante de Beatriz se demudó por completo. Sus ojos se inundaron de sangre, y se asemejó a una fiera que, encerrada en su jaula de hierro, se ve impotente de acometer y despedazar al hombre que desde fuera procura impacientarla.

—Buenos días, dijo, dejando asomar una fingida sonrisa a sus labios.

—Buenos días, dijo con indiferencia Alberto.

—Vuelvo a ti meta de ayer. ¿Podrá saber que feliz suceso te ha trocado de melancólico en alegre?

—¿Te importa saberlo?

—¡Alberto!

—¡Beatriz!

—Mucho llama mi atención tal pregunta. ¿De cuando acá una mujer puede ser indiferente a las alegrías ó tristezas de su esposo?

—Desde que la mujer se casa, no impulsada por amor, sino por necesidad, a un hombre un instrumento, bien de planes ambiciosos, bien de venganzas.

—Veo que te vas volviendo inflexible, y en verdad no te conozco. No quiero llamarme agraviada por las frases que acabas de pronunciar, pero no has salido precisamente sólo de tus labios; pero no, de tu corazón. ¿Sabes muy bien que amo y sólo el amor me llevó a tus brazos. Si, después he querido tomar por tus manos una venganza, ha sido tan solamente por exigirle a tu honor y al mío; porque no exista en el mundo un hombre que pueda desafiarnos.

—Lo comprendo.

—Pero yo lo que deseo es tu felicidad y la mía. Si es tu voluntad, estoy pronta a desair de que se realicen mis deseos. No, no me vengas de Céspedes, por más que su lengua sea el instrumento de mi suplicio.

Al pronunciar estas palabras, el semblante de Beatriz se demudó por completo. Sus ojos se inundaron de sangre, y se asemejó a una fiera que, encerrada en su jaula de hierro, se ve impotente de acometer y despedazar al hombre que desde fuera procura impacientarla.

Bien Público con quien en ello está conforme.

L'Era Italiana que se inspira y bebe su ilustración en ciertas revistas europeas que andan en consonancia con sus ideas, ha leído el encomio que hacen aquellas de la bibliografía italiana, tomada, quién lo duda, bajo el punto de vista mas útil a la propaganda de los géneos modernos que se proponen fabricar un Dios a su manera.

Las revistas extranjeras son las que se han encargado de hacerle saber al diario que Italia cuenta con hombres de esta calaña, y ella no se resiste a la tentación de comunicarlo a sus ilustradísimos y liberalísimos y petrolínicos lectores.

Por esos mundos dice que un Mamiani, apóstata, del catolicismo, ha escrito un librito: probando que la religión de los dieinueve siglos debe reformarse.

Qué papel le cabe desempeñar entonces al papel italiano?

Por sabido se calla.

Qué soldados y que causal!

El Telégrafo Marítimo hace la revista de la prensa.

La Reforma vé con satisfacción la vuelta del Sr. Berro a su antiguo puesto.

En otro artículo ataca la necrología del señor Laing que figuró como socio de una de las mas antiguas del comercio inglés en Buenos Aires y que ha fallecido en uno de los barrios democráticos de la gran capital inglesa.

La España hace hoy la apología del célebre ultimo presidente del Consejo de Ministros don Amadeo I, y al presente incombustible revolucionario contra la dinastía reinante en España. Por supuesto el colega hace votos por su triunfo.

—Trata en seguida de las maravillas que ha producido en las naciones el ejercicio de la soberanía popular, atribuyéndola, no a la democracia, sino al liberalismo.

Ho aquí una liberalidad muy liberal que consiste en atribuirse todo lo bueno.

El Diario del Comercio anuncia la publicación de un libro especialmente destinado para el uso de los maestros y utilísimo según el colega para la enseñanza. Quien lo pondrá en circulación es la Sociedad de Amigos de la Educación Popular.

EXTERIOR

El pueblo-mujer

Opinamos como el autor de cierta definición, según la cual, las mujeres no son mas que niños grandecitos.

No nos atrevemos, en efecto, cuando las vemos tomar parte en las insinuaciones y delirios de la política, a juzgarlas duramente. Siendo un deber de la mujer amar a Dios, sobre todas las cosas y a su familia como a si misma, se le perdona que exceda estos amores, en gracia de su gran corazón. Una mujer devota edificadora de los buenos, y no es del todo antipática a los malos. Una mujer casera es una alhija sin precio. Pero que un ser, cuya principal misión es mejorarnos y consolarnos se mezcle en las placudes de la cosa pública, mas nos parece, ¡lamentablemente pensando, efecto del alondronamiento que de la perversion.

Niños grandecitos, lo repetimos, son las infelices ciudadanas que dan en la flor de pronunciar discursos, asistir a Congresos demagógicos, preparar las mejores sociales, y emular las glorias de las Guillerminas. Una sonrisa de compasión, cuando no un gesto de desprecio, merecen estas señoras, cuando se ven a una dedicada mujer vestida de marinero en las tablas, ó haciendo la filosofía y sabiduría en los salones, ó pronunciando un discurso en un club. Ya sabía Moliere lo que se hacia cuando creó su inmortal comedia.

Todos sentimos en el fondo que semejante espectáculo no es natural; que aquello puede ser una extravagancia, ó un fenómeno, ó una payasada de Carnaval; pero que por muchas vueltas que dé el mundo, y por muchas excepciones que hagan los hombres, la mujer-alcalde, la mujer-consejal, la mujer diputado y gobernador, y aun la mujer-médico abogado y militar, no han de pasar nunca de excepciones raras, que nada prueban, como no prueban nada las pulgas sabias que tiran de un carro, ó

Beatriz se propuso sondear aun más el corazón de Alberto; quiso descubrir sus secretos.

Comprendió que al decir:—No me vengas de Céspedes, habías aludido en su interior:—

—Buenos días, Alberto, dijo, dejando asomar una fingida sonrisa a sus labios.

—Buenos días, dijo con indiferencia Alberto.

—Vuelvo a ti meta de ayer. ¿Podrá saber que feliz suceso te ha trocado de melancólico en alegre?

—¿Te importa saberlo?

—¡Alberto!

—¡Beatriz!

—Mucho llama mi atención tal pregunta. ¿De cuando acá una mujer puede ser indiferente a las alegrías ó tristezas de su esposo?

—Desde que la mujer se casa, no impulsada por amor, sino por necesidad, a un hombre un instrumento, bien de planes ambiciosos, bien de venganzas.

—Dios nos valga! exclamó la madre: ¡ese nuestro vecino el usurero Lucas!

El joven se levantó del taller, y se dirigió hacia la puerta.

—A donde vas Severo? dijo su madre, interrumpiéndolo sobresaltado.

—A socorrer a nuestro vecino, contestó el joven.

—No te metas con eso, dijo la madre: nuestro vecino es un usurero, y tal vez sea esta una cuestión con alguno de sus acreedores, a quien habrás suado el alma con sus usuras, y no vale la pena de que se comprometa un hombre de bien como tú.

—Perdoname, madre, dijo el joven apatallado dulcemente, es nuestro vecino, y la caridad me manda acudir a su socorro.

Entonces se oyó un grito. Un alarido de angustia, al cual respondió el silbido de la campana desde el campanario de Santa Clara.

El joven se desahogó de su madre y salió.

Las calles estaban oscuras, pues entonces no había más alumbrado que el que había en la lampara colgada delante de alguna iglesia, en la puerta de una iglesia, o en la frente de alguna casa.

La buena mujer se puso a la puerta, y vio a su hijo entrar en la casa del lado a la débil luz de la lampara que colgaba frente la imagen de San Agustín, en el vecino convento.

Poco después el joven volvió, pallido y temblando, y cerró la puerta. Santoso, como al toro de su madre sin poder respirar. Sus bellas y varoniles facciones, sembradas por naciente barba, estaban deshechas.

—¿Qué sucedió? dijo la madre alarmada. ¿Qué tienes, hijo mío?

—Nuestro vecino ha sido asesinado! exclamó Severo con terror, y solo he llegado a tiempo para verlo espirar.

En aquel instante la gran campana de la Catedral tocó la *Queda*, a la cual respondió dentro las parroquias y conventos de Barcelona, percibiéndose más cerca las de Santa María del Mar, Santa Eulalia del Campo, Santa Clara y San Agustín.

Madre e hijo estaban mudos de terror. Oyéronse pasos en la calle. Era la ronda nocturna.

—La ronda dijo la madre con sobresalto.

Detuviéronse los pasos frente la vecina casa.

—Madre, dijo Severo, la puerta ha quedado abierta en casa de Lucas, y la ronda lo verá todo! Dios quiere que se descubra el asesino!

Pero de pronto tres alabardados daban a la puerta, haciendo estremecer a la madre y al hijo.

—¿Quién va? dijo la buena mujer.

—Abra a la justicia, Alano, dijo una voz.

—La justicia puede entrar a todas horas en mi casa, contestó la buena mujer abriendo de par en par la puerta.

—Habiendo caído en la multa, Alano, dijo el que mandaba la ronda. Ha dado la Queda y tienes luz encendida.

—¿Ahí no ha dado el último toque, contestó Alano.

—Pase por aquí, dijo el que mandaba la ronda, pero no habéis oído algo en la casa vecina?

—Mó, contestaron perdiendo el color la madre y el hijo.

Entonces el jefe de la ronda sacó unas tijeras y mostrándolas al joven, le dijo: Conoces estas tijeras?

El joven se volvió livido, juntó las manos con desesperación, y dijo:

—Sí, conocí, le dijo ante Dios.

—Nadie te preguntaba, buen mozo, contestó el jefe.

—Estas tijeras se han encontrado junto al cadáver de un hombre asesinado, y pertenecen a una persona de tu oficio, a un tejedor de seda. Vente con nosotros, y ante los jueces darás tu cuenta.

En vano la pobre Alano, pedía gracia; en vano se arrojó a los pies del jefe de la ronda.

—Habiendo muerto, dijo este, no habéis oído que no hubiese oído nada, y las tijeras que se han encontrado junto al cadáver de Lucas, son de vuestro hijo.

—Llévanlo al joven casi sin sentido, y la pobre madre cayó medio muerta junto al abandonado tórax de su hijo, exclamando:

—Virgen María, tened piedad de mí y salvadme!

En aquel momento las campanas todas de Barcelona, repitieron tristemente el último toque de la Queda.

II

Que tristes horas se pasan cuando la desgracia llama a nuestras puertas, cuando Dios parece habernos olvidado. Para darnos una idea de ello, no deberíamos hacer más que penetrar en el templo de Santa María del Mar tres meses después de la muerte del usurero Lucas, y veríamos a una mujer puesta de rodillas ante el retablo gótico que estaba entonces en el altar mayor, en el cual se veneraba como ahora a la Madre de Dios.

—¿Qué madre vestida con un hábito franciscano, como el que usan hoy las religiosas, el cual se impuso para aplacar a la Divina justicia, y alcanzar de Dios la gracia que pide?

Pobre madre! cuántas angustias, cuántos pesares habían acarado su vida durante tres meses! Pallida, ajada su belleza, nada hubiera creído la buena Alano, la viuda, y madre del mayor tejedor de seda de Barcelona.

Nada le faltaba: con el trabajo de su hijo y el suyo vivía más que holgadamente, sus gustos eran sencillos. No vivía más que para su hijo, y cuando le veía salir los domingos con su ropilla nueva, y su gorra de gran lacaide con gracia, le parecía que en todo el mundo no había un hombre tan hermoso como su Severo, y por la noche cuando el joven dormía, la madre se encontraba en su aposento de puntillas, besaba con cariño sus ojos cerrados, y se acostaba contenta, exclamando:

—¿Qué hermoso es! Pobre madre!...

Todos estos pensamientos acudían a la memoria de la desgraciada Alano. También pensaba, que cuantas veces había dicho a sus hijos: —Severo, tienes veinte y siete años, debes casarte, el te respondo.

—Me basta vuestro cariño, madre mía, y tal vez mi mujer os trataría mal. Si tengo la desgracia de perderos me casaré entonces; pero no lo amará tanto como a vos.

Y la madre siempre se callaba con un beso en las palabras. Que recuerdos tan tristes para ella que no aguarda otra cosa que la muerte de su hijo! Muerte infortunada e inerte!

Porque Severo había sido juzgado y condenado a su negativa primer, y sus tijeras halladas junto al cadáver lo condenaban. En vano su madre juró que era inocente; en vano él puso por testigo a Dios, tanto delante de sus jueces, como en la prueba del tormento. No hubo juicio, y fue condenado al infortunado suplicio de la horca.

Cuando su madre se presentó al tribunal para defenderlo, jurando que su hijo era inocente y que solo había ido a casa de Lucas para socorrerle, y que allí le habían cogido sin advertirle las tijeras que llevaban en su bolsillo, los jueces la recibieron con risa sonora, y encontraron muy natural que una madre defendiese a su hijo aunque fuese faltando a la verdad y jurando en falso.

Había llegado el día tremendo en el cual debía tener lugar la ejecución, al extremo de la plaza del Born se hallaba el infortunado suplicio, la gran campana de Sta. Miquel del Pió congregaba a los fieles para rezar por el que iba a morir, repitiendo a intervalos el toque de agonia. Al oír este fúnebre toque, la pobre madre cayó casi sin vida en las gradas del altar mayor, de la por aquel templo desierta iglesia de Santa María del Mar.

Vio entonces que por la calle de Moncada salía una triste procesion, la procesion que acompaña siempre en su última hora al pobre condenado a muerte.

Entre los penitentes y los hombres de armas, rodeado de sacerdotes, con una cuerda al cuello, la que debía poner fin a su existencia, con las manos atadas, y seguido del verdugo, apareció el infeliz Severo pallido, medio muerto por el tormento que recibía, pero bello aún.

Al llegar a la plaza del Born pidió el permitier para ir por última vez a la Madre de Dios, cuya imagen veía sobre la puerta de Santa María.

El pobre Severo se hincó de rodillas, y juntó sus manos atadas, y dijo:

—Dios nos valga! exclamó la madre: ¡ese nuestro vecino el usurero Lucas!

El joven se levantó del taller, y se dirigió hacia la puerta.

—A donde vas Severo? dijo su madre, interrumpiéndolo sobresaltado.

—A socorrer a nuestro vecino, contestó el joven.

—No te metas con eso, dijo la madre: nuestro vecino es un usurero, y tal vez sea esta una cuestión con alguno de sus acreedores, a quien habrás suado el alma con sus usuras, y no vale la pena de que se comprometa un hombre de bien como tú.

—Perdoname, madre, dijo el joven apatallado dulcemente, es nuestro vecino, y la caridad me manda acudir a su socorro.

Entonces se oyó un grito. Un alarido de angustia, al cual respondió el silbido de la campana desde el campanario de Santa Clara.

El joven se desahogó de su madre y salió.

Las calles estaban oscuras, pues entonces no había más alumbrado que el que había en la lampara colgada delante de alguna iglesia, en la puerta de una iglesia, o en la frente de alguna casa.

La buena mujer se puso a la puerta, y vio a su hijo entrar en la casa del lado a la débil luz de la lampara que colgaba frente la imagen de San Agustín, en el vecino convento.

Poco después el joven volvió, pallido y temblando, y cerró la puerta. Santoso, como al toro de su madre sin poder respirar. Sus bellas y varoniles facciones, sembradas por naciente barba, estaban deshechas.

—¿Qué sucedió? dijo la madre alarmada. ¿Qué tienes, hijo mío?

—Nuestro vecino ha sido asesinado! exclamó Severo con terror, y solo he llegado a tiempo para verlo espirar.

En aquel instante la gran campana de la Catedral tocó la *Queda*, a la cual respondió dentro las parroquias y conventos de Barcelona, percibiéndose más cerca las de Santa María del Mar, Santa Eulalia del Campo, Santa Clara y San Agustín.

Madre e hijo estaban mudos de terror. Oyéronse pasos en la calle. Era la ronda nocturna.

—La ronda dijo la madre con sobresalto.

Detuviéronse los pasos frente la vecina casa.

—Madre, dijo Severo, la puerta ha quedado abierta en casa de Lucas, y la ronda lo verá todo! Dios quiere que se descubra el asesino!

Pero de pronto tres alabardados daban a la puerta, haciendo estremecer a la madre y al hijo.

—¿Quién va? dijo la buena mujer.

—Abra a la justicia, Alano, dijo una voz.

—La justicia puede entrar a todas horas en mi casa, contestó la buena mujer abriendo de par en par la puerta.

—Habiendo caído en la multa, Alano, dijo el que mandaba la ronda. Ha dado la Queda y tienes luz encendida.

—¿Ahí no ha dado el último toque, contestó Alano.

—Pase por aquí, dijo el que mandaba la ronda, pero no habéis oído algo en la casa vecina?

—Mó, contestaron perdiendo el color la madre y el hijo.

Entonces el jefe de la ronda sacó unas tijeras y mostrándolas al joven, le dijo: Conoces estas tijeras?

El joven se volvió livido, juntó las manos con desesperación, y dijo:

—Sí, conocí, le dijo ante Dios.

—Nadie te preguntaba, buen mozo, contestó el jefe.

—Estas tijeras se han encontrado junto al cadáver de un hombre asesinado, y pertenecen a una persona de tu oficio, a un tejedor de seda. Vente con nosotros, y ante los jueces darás tu cuenta.

En vano la pobre Alano, pedía gracia; en vano se arrojó a los pies del jefe de la ronda.

—Habiendo muerto, dijo este, no habéis oído que no hubiese oído nada, y las tijeras que se han encontrado junto al cadáver de Lucas, son de vuestro hijo.

—Llévanlo al joven casi sin sentido, y la pobre madre cayó medio muerta junto al abandonado tórax de su hijo, exclamando:

—Virgen María, tened piedad de mí y salvadme!

En aquel momento las campanas todas de Barcelona, repitieron tristemente el último toque de la Queda.

II

Que tristes horas se pasan cuando la desgracia llama a nuestras puertas, cuando Dios parece habernos olvidado. Para darnos una idea de ello, no deberíamos hacer más que penetrar en el templo de Santa María del Mar tres meses después de la muerte del usurero Lucas, y veríamos a una mujer puesta de rodillas ante el retablo gótico que estaba entonces en el altar mayor, en el cual se veneraba como ahora a la Madre de Dios.

—¿Qué madre vestida con un hábito franciscano, como el que usan hoy las religiosas, el cual se impuso para aplacar a la Divina justicia, y alcanzar de Dios la gracia que pide?

Pobre madre! cuántas angustias, cuántos pesares habían acarado su vida durante tres meses! Pallida, ajada su belleza, nada hubiera creído la buena Alano, la viuda, y madre del mayor tejedor de seda de Barcelona.

Nada le faltaba: con el trabajo de su hijo y el suyo vivía más que holgadamente, sus gustos eran sencillos. No vivía más que para su hijo, y cuando le veía salir los domingos con su ropilla nueva, y su gorra de gran lacaide con gracia, le parecía que en todo el mundo no había un hombre tan hermoso como su Severo, y por la noche cuando el joven dormía, la madre se encontraba en su aposento de puntillas, besaba con cariño sus ojos cerrados, y se acostaba contenta, exclamando:

—¿Qué hermoso es! Pobre madre!...

Todos estos pensamientos acudían a la memoria de la desgraciada Alano. También pensaba, que cuantas veces había dicho a sus hijos: —Severo, tienes veinte y siete años, debes casarte, el te respondo.

—Me basta vuestro cariño, madre mía, y tal vez mi mujer os trataría mal. Si tengo la desgracia de perderos me casaré entonces; pero no lo amará tanto como a vos.

Y la madre siempre se callaba con un beso en las palabras. Que recuerdos tan tristes para ella que no aguarda otra cosa que la muerte de su hijo! Muerte infortunada e inerte!

Porque Severo había sido juzgado y condenado a su negativa primer, y sus tijeras halladas junto al cadáver lo condenaban. En vano su madre juró que era inocente; en vano él puso por testigo a Dios, tanto delante de sus jueces, como en la prueba del tormento. No hubo juicio, y fue condenado al infortunado suplicio de la horca.

Cuando su madre se presentó al tribunal para defenderlo, jurando que su hijo era inocente y que solo había ido a casa de Lucas para socorrerle, y que allí le habían cogido sin advertirle las tijeras que llevaban en su bolsillo, los jueces la recibieron con risa sonora, y encontraron muy natural que una madre defendiese a su hijo aunque fuese faltando a la verdad y jurando en falso.

Había llegado el día tremendo en el cual debía tener lugar la ejecución, al extremo de la plaza del Born se hallaba el infortunado suplicio, la gran campana de Sta. Miquel del Pió congregaba a los fieles para rezar por el que iba a morir, repitiendo a intervalos el toque de agonia. Al oír este fúnebre toque, la pobre madre cayó casi sin vida en las gradas del altar mayor, de la por aquel templo desierta iglesia de Santa María del Mar.

Vio entonces que por la calle de Moncada salía una triste procesion, la procesion que acompaña siempre en su última hora al pobre condenado a muerte.

Entre los penitentes y los hombres de armas, rodeado de sacerdotes, con una cuerda al cuello, la que debía poner fin a su existencia, con las manos atadas, y seguido del verdugo, apareció el infeliz Severo pallido, medio muerto por el tormento que recibía, pero bello aún.

Al llegar a la plaza del Born pidió el permitier para ir por última vez a la Madre de Dios, cuya imagen veía sobre la puerta de Santa María.

El pobre Severo se hincó de rodillas, y juntó sus manos atadas, y dijo:

—Dios nos valga! exclamó la madre: ¡ese nuestro vecino el usurero Lucas!

El joven se levantó del taller, y se dirigió hacia la puerta.

—A donde vas Severo? dijo su madre, interrumpiéndolo sobresaltado.

—A socorrer a nuestro vecino, contestó el joven.

—No te metas con eso, dijo la madre: nuestro vecino es un usurero, y tal vez sea esta una cuestión con alguno de sus acreedores, a quien habrás suado el alma con sus usuras, y no vale la pena de que se comprometa un hombre de bien como tú.

—Perdoname, madre, dijo el joven apatallado dulcemente, es nuestro vecino, y la caridad me manda acudir a su socorro.

Entonces se oyó un grito. Un alarido de angustia, al cual respondió el silbido de la campana desde el campanario de Santa Clara.

El joven se desahogó de su madre y salió.

Las calles estaban oscuras, pues entonces no había más alumbrado que el que había en la lampara colgada delante de alguna iglesia, en la puerta de una iglesia, o en la frente de alguna casa.

La buena mujer se puso a la puerta, y vio a su hijo entrar en la casa del lado a la débil luz de la lampara que colgaba frente la imagen de San Agustín, en el vecino convento.

Poco después el joven volvió, pallido y temblando, y cerró la puerta. Santoso, como al toro de su madre sin poder respirar. Sus bellas y varoniles facciones, sembradas por naciente barba, estaban deshechas.

—¿Qué sucedió? dijo la madre alarmada. ¿Qué tienes, hijo mío?

—Nuestro vecino ha sido asesinado! exclamó Severo con terror, y solo he llegado a tiempo para verlo espirar.

En aquel instante la gran campana de la Catedral tocó la *Queda*, a la cual respondió dentro las parroquias y conventos de Barcelona, percibiéndose más cerca las de Santa María del Mar, Santa Eulalia del Campo, Santa Clara y San Agustín.

Madre e hijo estaban mudos de terror. Oyéronse pasos en la calle. Era la ronda nocturna.

—La ronda dijo la madre con sobresalto.

Detuviéronse los pasos frente la vecina casa.

—Madre, dijo Severo, la puerta ha quedado abierta en casa de Lucas, y la ronda lo verá todo! Dios quiere que se descubra el asesino!

Pero de pronto tres alabardados daban a la puerta, haciendo estremecer a la madre y al hijo.

—¿Quién va? dijo la buena mujer.

—Abra a la justicia, Alano, dijo una voz.

—La justicia puede entrar a todas horas en mi casa, contestó la buena mujer abriendo de par en par la puerta.

—Habiendo caído en la multa, Alano, dijo el que mandaba la ronda. Ha dado la Queda y tienes luz encendida.

—¿Ahí no ha dado el último toque, contestó Alano.

—Pase por aquí, dijo el que mandaba la ronda, pero no habéis oído algo en la casa vecina?

—Mó, contestaron perdiendo el color la madre y el hijo.

Entonces el jefe de la ronda sacó unas tijeras y mostrándolas al joven, le dijo: Conoces estas tijeras?

El joven se volvió livido, juntó las manos con desesperación, y dijo:

—Sí, conocí, le dijo ante Dios.

—Nadie te preguntaba, buen mozo, contestó el jefe.

—Estas tijeras se han encontrado junto al cadáver de un hombre asesinado, y pertenecen a una persona de tu oficio, a un tejedor de seda. Vente con nosotros, y ante los jueces darás tu cuenta.

En vano la pobre Alano, pedía gracia; en vano se arrojó a los pies del jefe de la ronda.

—Habiendo muerto, dijo este, no habéis oído que no hubiese oído nada, y las tijeras que se han encontrado junto al cadáver de Lucas, son de vuestro hijo.

—Llévanlo al joven casi sin sentido, y la pobre madre cayó medio muerta junto al abandonado tórax de su hijo, exclamando:

—Virgen María, tened piedad de mí y salvadme!

En aquel momento las campanas todas de Barcelona, repitieron tristemente el último toque de la Queda.

II

Que tristes horas se pasan cuando la desgracia llama a nuestras puertas, cuando Dios parece habernos olvidado. Para darnos una idea de ello, no deberíamos hacer más que penetrar en el templo de Santa María del Mar tres meses después de la muerte del usurero Lucas, y veríamos a una mujer puesta de rodillas ante el retablo gótico que estaba entonces en el altar mayor, en el cual se veneraba como ahora a la Madre de Dios.

—¿Qué madre vestida con un hábito franciscano, como el que usan hoy las religiosas, el cual se impuso para aplacar a la Divina justicia, y alcanzar de Dios la gracia que pide?

Pobre madre! cuántas angustias, cuántos pesares habían acarado su vida durante tres meses! Pallida, ajada su belleza, nada hubiera creído la buena Alano, la viuda, y madre del mayor tejedor de seda de Barcelona.

Nada le faltaba: con el trabajo de su hijo y el suyo vivía más que holgadamente, sus gustos eran sencillos. No vivía más que para su hijo, y cuando le veía salir los domingos con su ropilla nueva, y su gorra de gran lacaide con gracia, le parecía que en todo el mundo no había un hombre tan hermoso como su Severo, y por la noche cuando el joven dormía, la madre se encontraba en su aposento de puntillas, besaba con cariño sus ojos cerrados, y se acostaba contenta, exclamando:

—¿Qué hermoso es! Pobre madre!...

Todos estos pensamientos acudían a la memoria de la desgraciada Alano. También pensaba, que cuantas veces había dicho a sus hijos: —Severo, tienes veinte y siete años, debes casarte, el te respondo.

—Me basta vuestro cariño, madre mía, y tal vez mi mujer os trataría mal. Si tengo la desgracia de perderos me casaré entonces; pero no lo amará tanto como a vos.

Y la madre siempre se callaba con un beso en las palabras. Que recuerdos tan tristes para ella que no aguarda otra cosa que la muerte de su hijo! Muerte infortunada e inerte!

Porque Severo había sido juzgado y condenado a su negativa primer, y sus tijeras halladas junto al cadáver lo condenaban. En vano su madre juró que era inocente; en vano él puso por testigo a Dios, tanto delante de sus jueces, como en la prueba del tormento. No hubo juicio, y fue condenado al infortunado suplicio de la horca.

Cuando su madre se presentó al tribunal para defenderlo, jurando que su hijo era inocente y que solo había ido a casa de Lucas para socorrerle, y que allí le habían cogido sin advertirle las tijeras que llevaban en su bolsillo, los jueces la recibieron con risa sonora, y encontraron muy natural que una madre defendiese a su hijo aunque fuese faltando a la verdad y jurando en falso.

Había llegado el día tremendo en el cual debía tener lugar la ejecución, al extremo de la plaza del Born se hallaba el infortunado suplicio, la gran campana de Sta. Miquel del Pió congregaba a los fieles para rezar por el que iba a morir, repitiendo a intervalos el toque de agonia. Al oír este fúnebre toque, la pobre madre cayó casi sin vida en las gradas del altar mayor, de la por aquel templo desierta iglesia de Santa María del Mar.

Vio entonces que por la calle de Moncada salía una triste procesion, la procesion que acompaña siempre en su última hora al pobre condenado a muerte.

Entre los penitentes y los hombres de armas, rodeado de sacerdotes, con una cuerda al cuello, la que debía poner fin a su existencia, con las manos atadas, y seguido del verdugo, apareció el infeliz Severo pallido, medio muerto por el tormento que recibía, pero bello aún.

Al llegar a la plaza del Born pidió el permitier para ir por última vez a la Madre de Dios, cuya imagen veía sobre la puerta de Santa María.

El pobre Severo se hincó de rodillas, y juntó sus manos atadas, y dijo:

—Dios nos valga! exclamó la madre: ¡ese nuestro vecino el usurero Lucas!

El joven se levantó del taller, y se dirigió hacia la puerta.

—A donde vas Severo? dijo su madre, interrumpiéndolo sobresaltado.

—A socorrer a nuestro vecino, contestó el joven.

—Dios nos valga! exclamó la madre: ¡ese nuestro vecino el usurero Lucas!

El joven se levantó del taller, y se dirigió hacia la puerta.

—A donde vas Severo? dijo su madre, interrumpiéndolo sobresaltado.

—A socorrer a nuestro vecino, contestó el joven.

—No te metas con eso, dijo la madre: nuestro vecino es un usurero, y tal vez sea esta una cuestión con alguno de sus acreedores, a quien habrás suado el alma con sus usuras, y no vale la pena de que se comprometa un hombre de bien como tú.

—Perdoname, madre, dijo el joven apatallado dulcemente, es nuestro vecino, y la caridad me manda acudir a su socorro.

Entonces se oyó un grito. Un alarido de angustia, al cual respondió el silbido de la campana desde el campanario de Santa Clara.

El joven se desahogó de su madre y salió.

Las calles estaban oscuras, pues entonces no había más alumbrado que el que había en la lampara colgada delante de alguna iglesia, en la puerta de una iglesia, o en la frente de alguna casa.

La buena mujer se puso a la puerta, y vio a su hijo entrar en la casa del lado a la débil luz de la lampara que colgaba frente la imagen de San Agustín, en el vecino convento.

Poco después el joven volvió, pallido y temblando, y cerró la puerta. Santoso, como al toro de su madre sin poder respirar. Sus bellas y varoniles facciones, sembradas por naciente barba, estaban deshechas.

—¿Qué sucedió? dijo la madre alarmada. ¿Qué tienes, hijo mío?

—Nuestro vecino ha sido asesinado! exclamó Severo con terror, y solo he llegado a tiempo para verlo espirar.

En aquel instante la gran campana de la Catedral tocó la *Queda*, a la cual respondió dentro las parroquias y conventos de Barcelona, percibiéndose más cerca las de Santa María del Mar, Santa Eulalia del Campo, Santa Clara y San Agustín.

Madre e hijo estaban mudos de terror. Oyéronse pasos en la calle. Era la ronda nocturna.

—La ronda dijo la madre con sobresalto.

Detuviéronse los pasos frente la vecina casa.

—Madre, dijo Severo, la puerta ha quedado abierta en casa de Lucas, y la ronda lo verá todo! Dios quiere que se descubra el asesino!

Pero de pronto tres alabardados daban a la puerta, haciendo estremecer a la madre y al hijo.

—¿Quién va? dijo la buena mujer.

—Abra a la justicia, Alano, dijo una voz.

—La justicia puede entrar a todas horas en mi casa, contestó la buena mujer abriendo de par en par la puerta.

—Habiendo caído en la multa, Alano, dijo el que mandaba la ronda. Ha dado la Queda y tienes luz encendida.

—¿Ahí no ha dado el último toque, contestó Alano.

—Pase por aquí, dijo el que mandaba la ronda, pero no habéis oído algo en la casa vecina?

—Mó, contestaron perdiendo el color la madre y el hijo.

Entonces el jefe de la ronda sacó unas tijeras y mostrándolas al joven, le dijo: Conoces estas tijeras?

El joven se volvió livido, juntó las manos con desesperación, y dijo:

—Sí, conocí, le dijo ante Dios.

—Nadie te preguntaba, buen mozo, contestó el jefe.

—Estas tijeras se han encontrado junto al cadáver de un hombre asesinado, y pertenecen a una persona de tu oficio, a un tejedor de seda. Vente con nosotros, y ante los jueces darás tu cuenta.

En vano la pobre Alano, pedía gracia; en vano se arrojó a los pies del jefe de la ronda.

—Habiendo muerto, dijo este, no habéis oído que no hubiese oído nada, y las tijeras que se han encontrado junto al cadáver de Lucas, son de vuestro hijo.

—Llévanlo al joven casi sin sentido, y la pobre madre cayó medio muerta junto al abandonado tórax de su hijo, exclamando:

—Virgen María, tened piedad de mí y salvadme!

En aquel momento las campanas todas de Barcelona, repitieron tristemente el último toque de la Queda.

II

Que tristes horas se pasan cuando la desgracia llama a nuestras puertas, cuando Dios parece habernos olvidado. Para darnos una idea de ello, no deberíamos hacer más que penetrar en el templo de Santa María del Mar tres meses después de la muerte del usurero Lucas, y veríamos a una mujer puesta de rodillas ante el retablo gótico que estaba entonces en el altar mayor, en el cual se veneraba como ahora a la Madre de Dios.

—¿Qué madre vestida con un hábito franciscano, como el que usan hoy las religiosas, el cual se impuso para aplacar a la Divina justicia, y alcanzar de Dios la gracia que pide?

Pobre madre! cuántas angustias, cuántos pesares habían acarado su vida durante tres meses! Pallida, ajada su belleza, nada hubiera creído la buena Alano, la viuda, y madre del mayor tejedor de seda de Barcelona.

Nada le faltaba: con el trabajo de su hijo y el suyo vivía más que holgadamente, sus gustos eran sencillos. No vivía más que para su hijo, y cuando le veía salir los domingos con su ropilla nueva, y su gorra de gran lacaide con gracia, le parecía que en todo el mundo no había un hombre tan hermoso como su Severo, y por la noche cuando el joven dormía, la madre se encontraba en su aposento de puntillas, besaba con cariño sus ojos cerrados, y se acostaba contenta, exclamando:

—¿Qué hermoso es! Pobre madre!...

Todos estos pensamientos acudían a la memoria de la desgraciada Alano. También pensaba, que cuantas veces había dicho a sus hijos: —Severo, tienes veinte y siete años, debes casarte, el te respondo.

—Me basta vuestro cariño, madre mía, y tal vez mi mujer os trataría mal. Si tengo la desgracia de perderos me casaré entonces; pero no lo amará tanto como a vos.

Y la madre siempre se callaba con un beso en las palabras. Que recuerdos tan tristes para ella que no aguarda otra cosa que la muerte de su hijo! Muerte infortunada e inerte!

Porque Severo había sido juzgado y condenado a su negativa primer, y sus tijeras halladas junto al cadáver lo condenaban. En vano su madre juró que era inocente; en vano él puso por testigo a Dios, tanto delante de sus jueces, como en la prueba del tormento. No hubo juicio, y fue condenado al infortunado suplicio de la horca.

Cuando su madre se presentó al tribunal para defenderlo, jurando que su hijo era inocente y que solo había ido a casa de Lucas para socorrerle, y que allí le habían cogido sin advertirle las tijeras que llevaban en su bolsillo, los jueces la recibieron con risa sonora, y encontraron muy natural que una madre defendiese a su hijo aunque fuese faltando a la verdad y jurando en falso.

Había llegado el día tremendo en el cual debía tener lugar la ejecución, al extremo de la plaza del Born se hallaba el infortunado suplicio, la gran campana de Sta. M

